

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción: En la Península: Un mes, 1.50 pias.— Tres meses, 4.50 id.— En el Extranjero: Tres meses, 10.00 id.— Número su to, 0.05 cts.— La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.— No se devuelven los originales.— Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones.— El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.— Corresponsales en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre La correspondencia al Administrador

Madrid al día Un acuerdo muy humano

De París telegrafían que el Senado ha aprobado una proposición autorizando, en determinados casos, á las mujeres que tuvieran hijos fuera de matrimonio, para exigir pensiones del padre aunque no los tenga reconocidos.

La prueba de alta humanidad de este acuerdo tiene tanta trascendencia, que sería harto difícil poderla apreciar en consonancia con su hermosura. Con ello se evita, no sólo que los hijos se eduquen en la indigencia, sino que se les preserve de ese ambiente de golfeía en el que ofrecio la mayoría de los irredentos, consiguiendo con tal fin, la creación de hombres sanos, sin esas amargas doctrinas acerbizantes en las que el hombre se divorcia moralmente de la sociedad y lamenta en su espíritu el odio al prójimo. Con ello también se consigue que muchos tenorios á la moderna, prevalidos de la impunidad que les concede ciertos casos del código, abandonen mujeres que se dieron á ellos en momentos de loca ignorancia. Es cosa sabida, que más se teme á una multa pagadora en metálico, bajo amenaza de cárcel, que al atildamiento que la sociedad pueda hacer recaer sobre un burlador de corazones. La mayoría de los que se dedican á ese cruel «sport», tienen á gala decir como el don Juan de Zorrilla:

«Por donde quiera que fui,
fué el escándalo conmigo»

Pero con este acuerdo de Senado, seguramente no serán abandonadas tantas hembras, porque de sentido común es la creencia de que nadie paga la mercancía para que la disfrute el vecino, y buen cuidado tendrá el que requiera las bondades de una doncella en no incurrir en el error de los jueces para no verse tras de... bueno, ya sabes el refrán lector.

Ahora que se presentan grandes discusiones en el Senado, no estará de más que algunos senadores presentaran una proposición por el estilo á la de los congresos franceses. En España quizás más que en parte alguna dado el exceso de tenorios, es necesaria una disposición tan humana, garantía del ineludible deber de regar los frutos que sembramos. Pero, mucho me temo, que aquí nada se consigue. No sé por qué más que de hombres serios y preocupados de la Sociología, veo en nuestros prohombres políticos con aires de conqui-

ador, que rememora los viejos años pretéritos. Y a alguno cree que mientras visite los «cines» donde las «comedias» hacen las delicias del público. Casi todo el Senado está distribuido todas las noches en los más pintorescos burdeles de este Madrid ideal.

En cuanto á las mujeres no estará de más otra disposición poniendo coto á su furor... pasional, que si bien es cierto que hay muchos efímeros, no es menos cierto que la infinidad de vírgenes paradójicas capaces de reducir en el tabernáculo de su coquetería «inocentes» al más avisado, en los tances de amor.

En muchos de los casos de estupro debiera condenarse á la mujer, y á toda la mamá de las niñas.

¿Ve usted lector que está conforme conmigo?

R. Andicoberry Ruiz.

El regreso de la Infanta

A la hora anunciada llegó ayer á Madrid el tren que conducía á la Infanta Isabel acompañada del Ministro de Marina, del Sr. Pérez Caballero y demás personal de la embajada.

En la estación aguardaban á la augusta dama, el Gobernador de Madrid, el Alcalde Sr. Francisco Rodríguez, el Presidente del Congreso, Sr. Conde de Romanones, el Sr. Monteros Ríos, el Subsecretario de Gobernación señor Hernández Latorre, el Presidente del Consejo Sr. Canalejas y los Ministros Señores, Aznar, Burell, García Prió y Ruiz Valarino y Cobán y los Subsecretarios de los Ministerios.

También acudieron el jefe superior de la policía señor Méndez Alanís, varios diputados y Senadores el cuerpo diplomático, gran número de políticos significados y casi todos los generales y jefes residentes en Madrid.

De la familia real asistieron la Reina D.ª Victoria, Doña Cristina, la Infanta Teresa, e Infante D. Carlos, el Infante D. Fernando y el Rey que iba á caballo con la escolta Real.

Las reinas fueron en un landó y en otros carruajes iban las demás personas de la comitiva regia.

El trayecto de viaje por gran número de policías de todas clases.

Al llegar el tren en compañía tributó los honores á la infanta, entonando la marcha real.

Doña Isabel descendió con gran rapidez del departamento que venía y abrazó y besó á todas las personas de la familia Real, y con mucho afecto á su sobrino D. Alfonso.

Seguidamente después de los saludos, la infanta montó en el landeau donde iban las Reinas y se dirigieron á Palacio seguido de la comitiva en la que figuraban el monarca y los infantes.

A la estación acudieron en automóviles gran número de damas de la aristocracia.

Los andenes de la estación y el trayecto recorrido por la comitiva estaban llenos de curiosos.

EL ECO DE CARTAGENA
se vende en Madrid en el kiosko de la calle de Alcalá, frente á la Presidencia del Consejo de Ministros.

Honradez fingida

Para que un expediente se resolviera conforme á los deseos de cierta empresa, sin andar con chiquititas, el jefe de ella le dejó á un empleado sobre la mesa cien pesetas en «uros»; más la moneda, con su grato sonido que tanto alegría hizo que otro empleado se aperchibiera. Entonces el primero quiso dar muestras de honradez y furioso como buena, exclamó:—Yo no admito dinero, y esa torpe acción, caballero, claro demuestra que es usted un granuja y un sin vergüenza.

Ruborizado el dueño de las monedas, mohino y cabizbajo tomó la puerta, pidiendo mil perdones, y en la escalera, el portero, enterado de aquélla escena, se le acercó y le dijo con gran reserva:—Pero hombre, usted no sabe lo que se pesca; ¡eso se da en billetes, y así, no suena!

José Rádoz.

Carreras de conejos

Ha sido en la Habana donde se ha inaugurado este nuevo «sport», y de buena potencia en conocimiento de los que ven con pena la clausura anual de los grandes hipódromos.

Tiene sobre las carreras de caballos la ventaja de una instalación más sencilla y menos costosa.

Se sitúan en un campo un número de madrigueras numeradas. A distancia de ellas se sueltan los conejos, tantos como madrigueras hay y detrás de ellos un podenco.

Perseguidos por éste, los conejos arrancan instintivamente hacia las madrigueras para refugiarse, y es proclamado vencedor el primero que llega, ganando el que tiene el número de la madriguera elegida por el animal.

Los cubanos se han apasionado en este juego, según parece, tanto como los parisienses en las Carreras de «Autéuil» ó de «Longchamps».

Y como en una tarde se corren innumerables pruebas las operaciones van aprisa y se pierde y gana mucho dinero.

Que es lo que se desea.

Notas Alegres

Actualidades

No hay que darle vueltas; que si llevamos torcida y nada bueno podemos esperar.

Todo sale mal y ya hasta podemos perder las esperanzas de ver en la próxima temporada de «chapuzones» y objetos de real y medio, los clásicos y populares castillos de fuegos artificiales es ni mucho menos los acuatricos.

Este verano lo pasaremos sin festejos de ninguna clase, y si queremos distraernos nos iremos al muelle de Alfonso XII á ver pescar al «coqueo» ó la plaza de España para que nos agujen la piel los mosquitos.

Nada, que si llevamos torcida y no podemos esperar nada nuevo.

Apesar de la mala noticia de la supresión de festejos, el empresario de nuestro «día» tan sólo no se amilana y está preparando una magna corrida de toros que se celebrará en el mes de Agosto próximo.

No se apure el empresario que aunque no tengamos concurso de esca-

parates, juegos florales y carretillas en libertad no faltarán forasteros en el día en que se celebre la dicha corrida porque la fiesta que más «priva» y más contingente de forasteros trae, es la fiesta nacional.

El público ha entrado en el Teatro de Verano del Muelle de Alfonso XII y las secciones que allí se celebran se ven bastante concurridas.

El sitio es fresco, la compañía muy aceptable y los precios están al alcance de todos los bolsillos que estén más ó menos surtidos de dineros, y así es que el público «pudiente» asiste al dicho Teatro.

Apesar de que «digan» que de vez en cuando la autoridad municipal recoge peñas faltas, los vendedores «ambulantes» y «permanentes» continúan expendiendo sus géneros faltos pero muy faltos de peso.

Esta mañana á una joven le han vendido un kilo de tomates con cuarenta y siete gramos de menos.

Así es que muchas familias están pasando la mar de vicisitudes por la elevación de los precios y por la «depresión» en el peso.

Así no pueden vivir más que los archimillonarios

¿Y porqué habrán subido ahora el precio del vino?

OTEMA.

Cuento del sábado

EL BARRANCO

Al comienzo de una primavera, Angelita fué con su madre al cortijo del Atajo, para permanecer hasta el otoño en compañía de su tío y los pequeños de éste, que conforman una colección variada de diablillos graciosísimos.

Tomaba nombre la hacienda de la gran cortadura que tenía en uno de sus lados, obra hermosa de la naturaleza, hecha con más perfección que si fuera por la mano de los hombres, que perforan las montañas y cortan las piedras para formar las cinturas de los puertos que aprisionan y contienen los fieros impulsos del oleaje y acometen en otras empresas atrevidas pero que nunca alcanzan en sus obras el sello de grandiosidad que tienen las obras libres de tierra adentro y las que el mar hace en sus trabajos de siglos.

Desde la altura del cortijo se disfru-

taba de un panorama lleno de encantadoras bellezas, que eran una fiesta continua para la vista.

De la peña brotaba con impetuosa formidable un salto de agua, que caía por las breñas las piedras, daba mil vueltas y formaba remolinos de espumas que corrían sin tino con precipitación vertiginosa, hasta perderse en una hondonada, dividida en numerosas parcelas, que los campesinos cultivaban afanosamente para el alimento que á diario les piden sus numerosos hijos; pues á aquellas pobres gentes se les multiplican tanto los hijos como las semillas en los surcos.

No era excepción en esto el tío de Angelita.

Contaba con nueve varones, que comían como diez y rompían y destrozaban más que en la guerra, porque se pasaban el día entero jugando locamente por las tierras, saltando y cantando como los pájaros hasta que se ocultaba el sol y volvían á dormir al nido para recuperar las fuerzas y empezar de nuevo el día siguiente.

Ahora les acompañaba la primitiva, cuya presencia era para todos un verdadero acontecimiento.

Disputaban por estar á su lado, por cogerle las manos, por tirarle del vestido y por darle lo mejor de la comida cuando se sentaba á la mesa, riendo todos á la vez por partirle el pan ó alcanzarle las aceitunas ó porque probara primero de su plato y era completamente inútil que el padre tratase de imponer orden, porque ninguno le escuchaba, y tiraban de las sillas para arrojarse más, produciendo un ruido terrible.

Era un cuadro admirable por su rústica belleza, por aquel alegre corrimiento de los chiquitines inocentes hacia su prima, que era mimada y agasajada, no teniendo quien le disputara la preeminencia porque era la única niña del cotarro.

De aquellas sinceras demostraciones de contento no participa Ricardo, que era el mayor de todos. Acababa de llegar de la ciudad vecina, donde estudiaba el Bachillerato.

Su padre había querido que se librara de las rudas farras del campo.

El muchacho, se sentía orgulloso de la superioridad que había conseguido sobre sus hermanos, que recibían los primeros rudimentos de enseñanza del pobre maestro de la sierra más próxima.

Los desagradaban aquellos gritos

— ¡Envenenado!
— ¡Con ácido prúxico!
Zoe le miró fijamente.
— ¿Acaso os sorprende?
— Sí, ¿de dónde sacó el ácido prúxico?
— De vuestra casa, se fió conde.
El conde de Orsan se levantó de un salto.
— ¡En mi casa! ¿Qué significa esa broma?
— No bromeo, ya sabéis que también os faltó la sortija.
— ¿Qué sortija?— balbuceó Orsan.
— El día que os marchásteis se escapó Nito, entró en vuestro despacho, el arca estaba abierta, abrió un estuchito rojo y, sacando la sortija, huyó. El conde escuchaba anhelante.
— Al apretar la sortija contra su pecho, hizo salir la puntilla de acero... y, Nito cayó muerto.
— ¿Qué me contáis, Zoe?— dijo el conde haciendo un esfuerzo.— No os comprendo.
— Os cuento de qué modo murió Nito.
— No, estuvo nunca en mi casa.
— Estáis en un error. Fue y hay testigos que lo vieron.
— ¡Testigos!
— Sí, hice en seguida mis averiguaciones.
— No tengo ninguna sortija.
— Tenéis razón al decir que no la tenéis, porque la tengo yo.

— ¡Castigarme!... No será fácil... ¡Idiotas!... ¡Castigarme á mi cuando todo está en vuestro poder y se volverá en contra vuestra!... ¿Quién hará caso de esa mujerzuela?... ¡Y en cambio, probaré que ignoraba viviese mi primera mujer!... ¡Echaré la culpa al duque de Villepreux!... Pero no, no lo necesito; decid una palabra, y vosotros seréis las víctimas; robándome esos objetos os habréis privado del medio de probar mi culpabilidad. ¡Vosotros seriais en todo caso los que subiriais al cadalso!... Para confundirme se necesita un testigo que me hubiese visto... ¡y ese no existe!
— ¡Te equivocas, Penhoel!— dijo una voz burlesca contestando al acento de triunfo de Orsan.
Este se volvió y se halló cara á cara con el duque de Villepreux y el Sr. Dartois.

— ¡Dame lo que pido!— gritó el conde acercándose con un ademán amenazador á la joven.— ¡Dámelo ó te juro que tu secreto muere inmediatamente contigo!
— ¡No! ¡Lo quiero guardarlo!
— ¡Muerre, miserable!
Y el conde se arrojó sobre Clara queriéndola ahogar entre sus manos.
No tuvo tiempo de hacerlo, porque una mano de hierro cayó sobre su hombro y le derribó á los pies de la joven.
Era René.
— ¡Señor conde, esa mujer es mi hermana!— dijo.— ¡Es Clara de Penhoel, vuestra hija! ¡Mírala! añadió arrancando la peluca rubia de Zoe.— ¡Esa es vuestra hija, la que arrojásteis á San Lázaro después de haber asesinado á su madre!
El conde retrocedió asustado.
— ¡Estoy perdido!— murmuró.— ¡Perdido no, todavía no!
En su rostro descompuesto por el terror se reveló una alegría horrible, satánica.
— ¡Ah!— replicó con voz anhelante.— Sí, sois mis hijos. ¿Os atreveréis á mandarme al patíbulo? ¿Qué vais ganando? ¡Nada! Mi fortuna es de la condesa y del duque no podéis esperar nada.
— No importa, queremos castigar— dijo René paralizado por el horror.